

Vida y milagro poético en Hölderlin

Marco Martos

Se cumplió en 1993 el sesquicentenario de la muerte de Friedrich Hölderlin (1770-1843), sin duda el poeta alemán que mejor representa a la cultura de su país. Ciertamente es que hay otros escritores de importancia universal como Goethe, pero éste, aficionado a materias científicas, o artísticas, debe su fama no tanto a la poesía, en la que también escribió textos de notable factura, sino más bien a su bien labrada prosa, o a la creación de personajes arquetípicos como Werther o Fausto. Estas líneas quieren ser un homenaje y una invitación a los lectores para que vayan al encuentro de Hölderlin, quien es, sin exageración posible, uno de los líricos más notables de todos los tiempos. Aunque sus poesías completas han sido traducidas al castellano, Hölderlin no es un escritor que goce de mucha popularidad en el Perú, salvo entre quienes han leído el libro de Martin Heidegger *Arte y poesía* (Heidegger 1958), quien lo escogió como modelo para mostrar la esencia de la poesía. Heidegger consideró a Hölderlin como el poeta del poeta, aquel que juzga a la poesía—como lo hizo en una carta a su madre de enero de 1799—como «la más inocente de las ocupaciones», señal inequívoca de la delgada relación que tiene el lírico con los asuntos que interesan a

la mayoría de los hombres y que nos remite al lenguaje como materia esencial.

Rememora Heidegger un bosquejo fragmentario de otro texto de Hölderlin que data de 1800. Allí dice el poeta:

Pero el hombre vive en cabañas, recubriéndose con un vestido recatado, pero mientras es más íntimo, es más solícito y guarda su espíritu, como la sacerdotisa la flama celeste, que es su entendimiento. Y por eso se le ha dado el albedrío y un poder superior para ordenar y realizar lo semejante a los dioses y se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje, para que con él cree y destruya, se hunda y regrese a la eternamente viva, a la maestra y madre, para que muestre lo que es, que ha heredado y aprendido de ella lo que tiene de más divino, el amor que todo lo alcanza.

El habla, recuerda Heidegger, es el acontecimiento que nutre la más alta posibilidad de ser hombre. Es un bien que entraña peligro para quien lo posee, porque en el entender de Hölderlin las primicias no pertenecen a los mortales, sino a los dioses. Por lo tanto éstas tienen que hacerse más cotidianas, más comunes para que se hagan propias de los hombres. También rememora el filósofo otro fragmento de Hölderlin donde se dice que el hombre ha experimentado bastante, nombrado a muchos celestes, desde que somos un diálogo y podemos oír unos de otros. Para Hölderlin es el diálogo lo que nos hace ser nosotros mismos; empezamos a ser hombres cuando lo iniciamos, mas lo permanente lo instauran los poetas y es pleno de méritos, poéticamente, como el hombre habita esta tierra. La poesía vendría a ser, en palabras nuestras inspiradas en Hölderlin, la cristalización del diálogo, la penetración profunda, eterna y novedosa al mismo tiempo en la esencia del mundo. Los poetas para Hölderlin, y lo que viene es una paráfrasis, están de pie ante las tormentas de Dios, con la cabeza desnuda, para apresar con sus propias manos el rayo de luz del Padre, a él mismo, para hacer llegar al pueblo, envuelto en cantos, el don celeste. Muchos poetas han considerado su oficio elegido como una intermediación con la di-

vinidad pero es Hölderlin quien ha llevado esta actitud a un punto más extremo y por eso la representa con mayor nitidez.

Acerquémonos por un momento a la vida del poeta. La imagen exterior más conocida es la del preceptor de los niños Gontard, hijos de un banquero de Francfort, que termina sintiéndose atraído por Susette Gontard, madre de sus pupilos, quien se convirtió en la Diótima de la novela escrita en forma de cartas *Hyperion* (1797-1799). Ese fue un amor, aunque correspondido, desdichado. También se conoce, gracias a la correspondencia del propio poeta, que tuvo un trato superficial con Goethe pues el día que lo conoció no se dio cuenta de que se encontraba frente a un escritor que admiraba. Hölderlin, en una carta a su amigo Ludwig Neuffer de noviembre de 1794, que recoge en versión castellana Luis Cernuda en su libro *Poesía y literatura* (Cernuda 1960, p. 90) escribe:

He ido varias veces a visitar a Schiller y, a decir verdad, con poca suerte en la primera ocasión. Entré, me saludaron con amabilidad y apenas si me fijé en un desconocido que estaba al fondo, ya que un silencio prolongado no me permitió sospechar nada especial. Schiller me presentó a aquél y me dijo su nombre, pero no lo oí. Lo saludé fríamente y casi sin mirarle, tan del todo estaba yo absorto en Schiller, lo mismo por dentro que por fuera. Schiller trajo un número de *Thalia* donde aparece un fragmento de mi *Hyperion*, así como mi poema al Destino, y me lo dio. Al salir Schiller poco después, el desconocido tomó la revista que estaba sobre la mesa, hojeándola. Enrojezí fuertemente, y de saber lo que ahora sé, me hubiera puesto pálido como la muerte. Luego me habló pidiéndome noticias de la señora von Kalb, de la tierra y los vecinos de nuestro lugar; le respondí de manera más lacónica, creo, de lo que acostumbro. Volvió Schiller, hablamos del teatro de Weimar, y el desconocido dejó caer palabras de peso bastante como para que yo sospechara algo; pero nada sospeché. Llegó el pintor Meyer, de Weimar, hablándole al desconocido sobre temas varios, pero yo seguí sin sospechar nada. Me fui, y el mismo día, en el círculo de los catedráticos, me enteré ¿lo creerás?, de que Goethe había estado al mediodía en la casa de Schiller. Que el cielo me ayude a reparar mi desdicha y mi estupidez cuando yo vaya a Weimar.

Hay otro testimonio de Hölderlin del 19 de enero de 1795 cuando escribe otra vez a Neuffer, desde Jena:

También he conocido a Goethe. Puedes imaginar los latidos de mi corazón cuando pisé su umbral. Es cierto que no le vi en su casa, sino después en casa de la esposa del comandante [von Kalb]. Sereno, la mirada llena de majestad y amor, la conversación de gran sencillez, de cuando en cuando alguna ocurrencia amarga contra la necesidad del ambiente, en el rostro otro gesto igualmente amargo, y luego una nueva chispa de su genio siempre vivaz. Así lo vi. Era corriente calificarlo de orgulloso; pero si por eso se entiende una actitud altanera y despreciativa hacia los simples mortales, eso es mentira. A veces se creería ver en él a un padre de corazón bondadosísimo.

En la época Goethe tenía 46 años y Hölderlin 26. En su correspondencia con Schiller Goethe se expresa con condescendencia del joven poeta. Aficionado a interesarse por todo, poesía, drama, ciencia, Goethe no podía soñar que ese joven que le parecía débil y enfermizo, era un poeta a carta cabal que representaría tan bien como él mismo a las letras alemanas.

Hölderlin en su escritura explora en el fondo de su propia conciencia en búsqueda de un único conocimiento que comparte con las experiencias místicas. Su poesía tiene una percepción intuitiva grande y única: el convencimiento de que el mundo que nos entorna y nosotros mismos nos pertenecemos recíprocamente, en un absoluto más vasto que engloba toda cosa. El poeta está seguro de que la inteligencia racional oscurece esta verdad y que es deber nuestro, a través de la intuición, liberarnos.

Así dice un fragmento de su poema *Diótima* (Hölderlin 1984, tomo I, p. 50):

Largamente muerto y replegado en sí mismo,
mi corazón saluda la belleza del mundo,
sus ramas florecen y echan brotes,
abultadas por una savia nueva.

¡Oh, yo volveré a vivir,
así como el feliz esfuerzo de mis flores
atravesando su dura cápsula
se lanza hacia el aire y la luz!
[...]

Ahora he vuelto a encontrarte,
más hermosa que como te había soñado
en las horas solemnes del amor.
¡Noble y buena, allí estás!
¡Oh pobreza de la fantasía,
sólo tú Naturaleza, puedes crear este modelo único,
en medio de eternas armonías,
feliz en tu perfección!
[...]

[Lange tot und tief verschlossen,
Grüsst mein Hertz die schöne Welt,
Seine Zweige blühn und sprossen,
Neu von Lebenskraft geschwellt.
O, ich kehre noch ins Leben,
Wie heraus in Luft und Licht
Meiner Blumen selig Streben
Aus der dürrn Hülse bricht.
[...]

Nun, ich habe dich gefunden,
Schöner, als ich ahnend sah,
In der Liebe Feierstunden—
Hohe, Gute! bist du da.
O, der armen Phantasieen!
Dieses Eine bildest nur
Du, in ew'gen Harmonieen,
Froh vollendete Natur!]

Así como una porción de la filosofía es la doctrina del Ser, una ontología, la poesía de Hölderlin y la de otros líricos como él, es la expresión de una experiencia interior. Trata de las vivencias de ese ser que todos somos esencialmente, que es el fruto de un determinado tipo de conciencia, aquella que denominamos en el lenguaje

corriente *conciencia despierta*, característica de los artistas más intensos y de los místicos. Quienes la poseen están apoyados, digámoslo metafóricamente, con un pie en sí mismos, conocen bien la prisión del yo, su individualidad, pero tienen el otro pie posado en lo otro que es la naturaleza y los prójimos. Quienes poseen la *conciencia despierta* tienen apetencia de integrarse a eso otro que tiene partes importantes de ellos mismos.

En el sentido que venimos señalando la poesía para Hölderlin es una promesa y un augurio. Es la confianza de que aquello que vegeta en el yo mundano puede acceder a la liberación. La poesía es una víspera y también el fruto de una experiencia buscada, realizada y confirmada, no un saber objetivo sino vivencial.

En uno de sus textos más hermosos, en la época en que amaba a Diótima, titulado *Los robles [Die Eichbäume]* (Hölderlin 1984, tomo I, p. 61), el poeta se acerca a estos árboles, describe la sensación de libertad que tienen éstos dirigiéndose a las alturas y termina identificándose con ellos, deseando ser uno más en medio del bosque. Escribe:

Al salir de los jardines, me acerco a vosotros ¡hijos de
las montañas!
Lejos de los jardines donde la naturaleza vive doméstica y
paciente,
nutricia y a su turno cuidada, compañera de los activos
hombres.
Pero vosotros, ¡egregios!— os alzáis como un pueblo de
Titanes
en medio de un mundo cada vez más dócil, y sólo a vosotros
mismos obedecéis,
y al cielo, que os ha nutrido y educado, y a la tierra materna.
Ninguno de vosotros fue jamás a la escuela domeñadora de
hombres,
y libres y contentos surgís de vuestras raíces en múltiple
tropol.
Y como brazos potentes aferráis el espacio, como a su presa
el águila,

levantando hacia las nubes la amplitud serena de vuestras
altas asoleadas.
Cada uno de vosotros sois un mundo; y unidos por una libre
alianza convivís como dioses.
Si yo pudiera tolerar la servidumbre, nunca envidiaría al
bosque,
y me plegaría sin esfuerzo a la vida común de los hombres.
Si este corazón mío que vive para el amor dejara de
encadenarse al mundo
¡cuánto me gustaría ser un roble!

[DIE EICHBÄUME

Aus den Gärten komm'ich zu euch Söhne des Berges!
Aus den Gärten, da lebt die Natur, geduldig und häuslich.
Pflegend und wieder gepflegt, mit den fleissigen Menschen
zusammen.
Aber ihr, ihr Herrlichen! steht, wie ein Volk von Titanen,
In der zahmeren Welt, und gehört nur euch und dem Himmel,
Der euch nährt' und erzog, und der Erde, die euch geboren.
Keiner von euch ist noch in der Menschen Schule gegangen,
Und ihr drängt euch, fröhlich und frei, aus kräftiger Wurzel
Untereinander herauf und ergreift, wie der Adler die Beute,
Mit gewaltigem Arme den Raum, und gegen die Wolken
Ist euch heiter und gross die sonnige Krone gerichtet.
Eine Welt ist jeder von euch, wie die Sterne des Himmels
Lebt ihr, jeder ein Gott, in freiem Bunde zusammen.
Könnt' ich die Knechtschaft nur erdulden. Ich neidete immer
Diesen Wald und schmiegte mich gern ans gesellige Leben.
Fesselte nur nicht mehr ans gesellige Leben das Herz mich.
Das von Liebe nicht lässt, wie gerne würd' ich zum
Eichbaum.]

Esta apetencia de totalidad que sería una constante en la vida
y en la poesía de Hölderlin, para quien escribir era una prolongación
de un permanente estado de ánimo de comunión con la naturaleza,

se manifiesta también en su poema *Al Eter [An der Äter]* (Hölderlin 1984, tomo I, p. 62) del cual citaremos la primera estrofa:

¡Oh, Eter, padre! Nunca hombre o Dios alguno
fue conmigo tan cariñoso y fiel como tú.
Aun antes de que mi madre me tomara en sus brazos
y bebiera en sus senos, me abrazabas tiernamente
y vertiste en mi naciente pecho,
con el soplo sagrado, tu elíxir celestial.

[Treu und freundlich, wie, du, erzog der Götter und Menschen
Keiner, o Vater Äther! mich auf; noch ehe die Mutter
In die Arme mich nahm und ihre Brüst mich tränkten,
Fasstest du zärtlich mich an und gosset himmlischen Trank mir,
Mir den heiligen Otem zuerst in den keimenden Busen.]

En la época en la que escribió Hölderlin predominaban las ideas de Isaac Newton (1642-1727). Los trabajos de astronomía de Newton fueron publicados en 1687 con el título de *Principios matemáticos de filosofía natural*. El problema del éter había sido siempre un enigma para la ciencia. Newton, especulando sobre el flujo celeste, ese constante movimiento de toda la materia del universo, desde los átomos hasta las estrellas, supuso que bien podía existir un lugar en completo reposo, que era imposible descubrir sin embargo a partir de las posiciones de los cuerpos de las regiones conocidas. ¿Cuál podía ser entonces el punto de referencia que el hombre podía utilizar para medir la distancia y el movimiento? Newton creyó encontrar una posibilidad menos remota que sus estrellas fijas en las inaccesibles regiones más allá de los astros visibles, un medio inmóvil que abarca todo y que ocupa toda la creación. Ese medio que todo lo llena, un verdadero Dios, el éter, fue concebido como realidad durante las dos centurias siguientes. Hasta el siglo XIX era universalmente considerado por los físicos como el ejemplo del reposo absoluto e inalterable. Era concebido como un medio de maravillosa transparencia que permitía el paso de la luz, la gravitación y todos los fenómenos electromagnéticos.

Para los científicos y para el común de la gente, el éter era una sustancia inmaterial uniformemente difundida por el espacio, capaz de atravesar todos los cuerpos y de estar en contacto con ellos, que no producía fricción alguna y que no impedía a la tierra su marcha regular por el universo. El éter permitía, según los científicos de la época, que la luz y el calor de los astros lejanos llegasen hasta nosotros; sin él la tierra habría estado fría e inhabitada. En una palabra, al éter le debíamos la existencia.

Recién en el siglo XX Einstein llegó a la conclusión hoy aceptada de que no existe ni en la tierra, ni en ninguna parte del universo, nada en reposo absoluto. Desde el más pequeño átomo hasta las mayores galaxias, todo está en movimiento. Por eso es imposible medir la velocidad, tamaño, forma, masa, de los cuerpos en movimiento, de forma absoluta. La única excepción es la luz; su marcha no es relativa a las otras velocidades, es una cantidad invariable y fija que es constante en cualquier parte del universo.

Hölderlin, como ha ocurrido con otros grandes poetas, expresa las ideas científicas de su tiempo. Si hubiera sido nuestro contemporáneo tal vez no habría escrito al éter sino a la luz. Pero para efectos de la belleza poco interesa que el éter como tal no exista. La noción misma de «éter padre» de Hölderlin tiene que ver tanto con la idea de reposo como con la creación y se aviene bien con esa otra idea que nos habla de la religación del individuo con los dioses y de la misteriosa armonía del mundo.

Si los poetas pudieran clasificarse de acuerdo a los elementos naturales que vivifican su escritura, no cabe duda de que a Hölderlin habría que ubicarlo entre los aéreos, aquellos que si bien transitan por la tierra, lo hacen con tal levedad que todos sus movimientos, actos y escritura, los llevan a la bóveda celeste. Seres así, nefelíbatas, personajes que andan por las nubes como dice el diccionario, procuran que no los toquen la contingencias del mundo. Viven entonces de alguna manera felices en ese privilegiado espacio de palabras y de ideas que se han construido hasta que la realidad les da ramalazos convulsivos. De este contraste surge muchas veces la poesía de más calidad. Así ocurre con la poesía *A las parcas* [*An die Parzen*] (Hölderlin 1984, tomo I, p. 100) que dice así:

Un verano y un otoño más os pido, Poderosas,
para que pueda madurar mi canto,
y así, saciado con tal dulce juego,
mi corazón se llegue hasta morir.

El alma que aquí abajo fue frustrada
no hallará reposo, ni en el Orco,
pero si logro plasmar lo más querido
y sacro entre todo, la poesía,

entonces sonreiré satisfecho a las feroces
sombras, aunque debiera dejar
en el umbral mi Voz. Un solo día
habré vivido como los dioses. Y eso basta.

[Nur *einen* Sommer gönnt, ihr Gewaltigen!
Und *einen* Herbst zu reifem Gesange mir,
Dass williger mein Herz, von süßen
Spiele gesättiget, dann mir sterbe!

Die Seele, der im Leben ihr göttlich Recht
Nicht ward, sie ruht auch drunten im Orkus nicht;
Doch ist mir einst das Heil'ge das am
Herzen mir liegt, das Gedich, gelungen,

Willkommen dann, o Stille der Schattenwelt!
Zufrieden bin ich, wenn auch mein Saitenspiel
Mich nicht hinabgeleitet; *Einmal*
Lebt' ich, wie Götter, und mehr bedarf's nicht.]

Pocos ejemplos hay en la literatura mundial de poetas tan dedicados a su oficio, pero por ello Hölderlin tuvo que pagar un precio muy alto. Amores contrariados, dificultades económicas, desazón frente al mundo, son asuntos de todos los días que conocen bien quienes escogen la literatura como su asunto principal, su manera de estar en el mundo. Pocos sin embargo se entregan con tanto fervor a la poesía, reconociéndole su condición de la más

humana de todas las actividades, porque esa entrega tiene riesgos que nadie puede prever y que muchas veces implican peligro de locura como en el caso de Hölderlin, o de persecución y de muerte, como ha ocurrido con tantos otros poetas.

Hölderlin logró en muchos de sus versos, aquello que una palabra japonesa designa como *satori*, la comunión con el todo, la poesía es entonces anuncio de una vida plena. Así lo advertimos en este fragmento inicial del poema *Pan y vino* [*Brot und wien an heize*] (Hölderlin, 1988, tomo II, p. 60):

A nuestro alrededor la ciudad descansa. Las calles
alumbradas están silenciosas y adornados con antorchas
pasan los carruajes con un rápido ruido.
Saciadas de los bienes del día la gente vuelve a sus casas
y alguna cabeza prudente sopesa ganancias y pérdidas
en la paz del hogar. Vacío de uvas y flores
y de faenas humanas, también se adormece el mercado.
Pero una música nos llega de lejanos jardines.
Quizá sea un enamorado o un solitario
que sueña con distantes amigos y tiempos juveniles;
y las fuentes, inagotables y frescas murmuran
junto a los perfumados arriates. En el aire oscurecido
tañen lentas campanas y fiel a su mandato
un sereno pregonas las horas.
Ahora una brisa huidiza sacude las copas del soto.
¡Mirad!... Sigilosamente la imagen de nuestro planeta,
la Luna, aparece. Y llega la noche inspirada,
cubierta de estrellas y ajena sin duda a la inquietud humana;
y brillante y misteriosa –forastera en medio de los hombres–
sube triste y espléndida por las colinas.

[Ringsum ruhet die Stadt; still wird die erleuchtete Gasse,
Und, mit Fackeln geschmückt rauschen die Wagen hinweg.
Satt gehn heim von Freuden des Tags zu ruhen die Menschen,
Und Gewinn und Verlust wäget ein sinniges Haupt
Wohlfrieden zu Haus; leer steht von Trauben und Blumen,
Und von Werken der Hand ruht der geschäftige Markt.

Aber das Saitenspiel tönt fern aus Gärten; vielleicht dass
 Dort ein Liebendes spielt oder ein einsamer Mann
 Ferner Freunde gedenkt und der Jugendzeit; un die Brunnen
 Immerquillend und frisch rauschen aun duftendem Beet.
 Still in dämmeriger Lust ertönen geläutete Glocken,
 Und der Stunden gedenk rufet ein Wächter die Zahl.
 Jetzt auch kommet ein Wehn und regt die Gipfel des Hains auf,
 Sieh! aund das Schattenbild unserer Erde, der Mond,
 Kommet geheim nun auch; die Schwärmerische, die Nacht kommt
 Voll mit Sternen und wohl wenig bekümmert um uns,
 Glänzt die Erstaunende dort, die Fremdlingin unter des Menchen
 über Gebirgshöhn traurig und prächtig herauf.]

Los biógrafos suelen recordar que Hegel fue compañero de banco escolar de Hölderlin, pero si nuestro poeta tuvo algún pariente espiritual en el campo de la filosofía ese fue curiosamente Arthur Schopenhauer (1788-1860), prácticamente expulsado de su cátedra universitaria, solitario que todavía permanece construyendo un espacio de libertad con las palabras, alejado del comercio con los hombres. Lo que asombra, tanto en uno como en otro, es la voluntad de hacer una obra en cuyo centro hay un lago de serenidad, como se ve en el fragmento de *Pan y vino* que hemos leído, donde podemos abreviar todos los seres humanos y encontrar esa peculiar satisfacción que da una clase de poesía, la de más duradero efecto, pues atiende al ritmo esencial, a ese que de algún modo identifica al hombre con la naturaleza.

Hölderlin es un poeta de ahora y de mañana. Haberlo redescubierto en el sesquicentenario de su fallecimiento puede parecer coincidencia a muchos. Quienes escribimos poesía podemos considerar a este azar como maravilloso.

He aquí una última imagen de Hölderlin: en 1806 en Tubinga ingresó a una clínica; salió poco después de ella para pasar el resto de sus días, hasta 1843, al cuidado de un carpintero. En la locura, ese reino de sombras, perdió su identidad. Era fácil hacerle estallar en cólera mencionándole su propio nombre o el de Goethe. Trata con extremada cortesía a sus visitantes y escribe versos de ocasión,

cuando se los piden. Firma entonces como «Scardanelli», «Scaliger Rosa» o «Buonarotti», este último el apellido de Miguel Angel. Más allá del drama, simbólica situación: el poeta por excelencia pierde su nombre y se vuelve cualquiera de los hombres. El guardián del fuego sagrado de la palabra, pasados ese verano y ese otoño que le concedieron las parcas, recuperó el anonimato, y penetró en el reino de las sombras el seis de junio de 1843. La noche anterior había contemplado largamente el paisaje desde su ventana.

Lima, 5 de abril de 1994

BIBLIOGRAFIA

Luis Cernuda. *Poesía y literatura*. Barcelona. Seix Barral. 1960. Tomo I. 284 pp. [Contiene el ensayo «Goethe y Hölderlin» (pp. 87-100)].

Martin Heidegger. *Arte y poesía*. Traducción y prólogo de Samuel Ramos. México. Fondo de Cultura Económica. 1958. 120 pp. [Contiene el ensayo «Hölderlin y la esencia de la poesía» (pp. 97-115)].

Hölderlin. *Poesía completa*. Versión bilingüe alemán-castellano. Traducción y prólogo de Federico Gorbea. Cuarta edición. Barcelona. Libros Río Nuevo. 1988. Tomo I, 252 pp. Tomo II, 202 pp.